

X

Contra tan sencillo y enérgico plan no había objecion posible, mas dependia de un solo hombre que abortase ó fuera la señal de una guerra civil sangrienta, si llegaban á fanatizarse los dos millones de hombres que habitan Constantinopla y las ciudades inmediatas.

El hombre digno por su influencia, genio y audacia de contrabalancear á Baraiktar era Cabatchi-Oghli, el tribuno militar de aquella larga sedicion de un año. Dos consejeros entendidos y astutos de Baraiktar, Ramis-Bajá y Taias-Bajá, que habian venido con su amigo de Rustschuk para secundarle con su experiencia y preservarle de todo lazo, propusieron un plan que cortaba la resistencia de raiz, plan tan feróz como temerario, pero que convenia perfectamente al carácter aventurero y salvaje del albanés y que por lo tanto fué adoptado.

Decidióse que mientras marchaban ambos ejércitos á Constantinopla por las vastas llanuras que conducen de Andrinópolis al mar de Mármara, un destacamento de caballería de unos cien albaneses escogidos iria

rápida y secretamente, marchando especialmente de noche y por la montaña á la izquierda del mar Negro, al castillo de Fanarki, cuya fortaleza construida á orillas del Bósforo, próximo al sitio donde se pierde en el canal de Constantinopla, estaba bajo las órdenes de Cabatchi-Oghli. Desde allí era desde donde este lanzaba sus yamaks, urdia sus tramas, intimaba su voluntad al muftí, al serrallo y á los genizaros. Una casa del pueblecillo de Fanarki, á los piés del castillo, servíale de asilo igualmente que á su familia. Un intrépido albanés, llamado Hadji-Alí, hombre decidido hasta la demencia por el bajá de Rustschúk, se encargó de mandar y dirigir el destacamento, cuyos soldados todos estaban resignados al martirio. El gran visir remitió á Hadji-Alí un firman que le autorizaba á ahogar á Cabatchi-Oghli y á tomar el mando de todos los fuertes y baterías del Bósforo.

XI

Tomadas estas disposiciones y en marcha el destacamento, el ejército comenzó su movimiento sobre

la capital, si bien ordenó Baraiktar que fuese lento para que Hadji-Alí fuese tiempo de ejecutar su empresa y que se tranquilisase poco á poco la imaginacion del pueblo, sorprendido por aquella vuelta, que no habia dispuesto el sultan. Calmaba las poblaciones con noticias de paz definitiva firmada con todos los enemigos del imperio, y con la próxima desorganizacion de todos los regimientos. Absortos Constantinopla y el serrallo no sabian qué audacia ó qué obediencia movia aquel ejército sin orden superior, ni se atrevian á averiguarlo, corriendo los días en medio de mil dudas, y afectando el sultan la mayor seguridad sin interrumpir ni sus crueldades ni sus placeres.

Baraiktar esperaba con ansiedad noticias de Hadji-Alí, enviando á cada instante emisarios hácia las montañas que rodean el Bósforo, para cerciorarse del triunfo ó pérdida de su destacamento. Ninguno volvia.

Sin embargo, Hadji-Alí, despues de una marcha de treinta y seis horas por los senderos ménos conocidos del Balkan, y calculando los pasos de su caballería por la carrera del sol, habia llegado sin ser descubierto, á corta distancia del mar, á un pequeño valle que separaba solo una pequeña colina del pueblecillo de Fanarki. Descansaron sus caballos y pre-

parando los soldados sus armas, animó á estos en voz baja comunicándoles la intrépida resolucion que proyectaba. En sus manos estaba la suerte del imperio y todos juraron salvarle ó morir. Hadji-Alí esperó que se cantasen las primeras horas de la noche en los minaretes de Bouyouk-Deré para salvar la colina con sus ginetes. En seguida cae en Fanarki con la rapidez del rayo, rodeando la habitacion donde Cabatchi-Oghli dormia sin desconfianza en su serrallo, y seguido tan solo de cuatro hombres á pié, ocultando todas sus armas bajo las capas, Hadji-Alí llama á la puerta de la casa, y pretextó un pliego muy urgente de Constantinopla.

Apresúranse á abrir el portero los esclavos y algunos yamaks, criados de la casa. Hadji-Alí y sus cuatro soldados se precipitan sobre ellos, átanles piés y manos, tapanles la boca, y los llevan á los soldados que sitiaban la casa; haciendo despues que les indicasen la habitacion de Cabatchi-Oghli, éntran sin respetar la santidad inviolable del serrallo, sorprenden á Cabatchi desnudo y sin defensa en medio de sus mujeres y de sus esclavos espantados, y arrancándole de los brazos de aquellas, le arrastran fuera de la casa.

« ¿ A donde me llevais ? ¿ con qué orden ? ¿ cual es « mi crimen ? » gritaba en vano el yamak admira-

do. « ¿Queréis mi vida? Déjadme al ménos hacer mis oraciones. »

Mas Hadji-Ali sin conceder á la piedad y á la religion un minuto, que hubiera podido ser mortal para Baraiktar.

« No pienses en rezar, malvado, » dijole, « muere y expía tus crímenes. »

Y sacando su puñal clávale en el pecho de Cabatchi el cual cae y espira en los umbrales de su casa. Córdale Hadji-Ali la cabeza, échala en un saco y entrégala á dos ginetes que montaban caballos del desierto para que la llevarsen á Baraiktar lo mas rápidamente posible.

XII

Consumado sin ruido su sangriento mensaje, Hadji-Ali dispersó sus ginetes en las casas del pueblecillo de Fanarki exclusivamente poblado de griegos, y mandó guardar las avenidas para que no llegase el menor rumor de aquel suceso á los fuertes y baterías, donde dormian los yamaks. Quizo esperar el dia para presentarse á aquellas tropas, participar

les el firman del gran visir, anunciarles el suplicio de su jefe, y, merced á la sorpresa y obediencia, tomar el mando que le habia confiado Baraiktar.

Los yamaks habian dormido en efecto en el castillo sin sospechar el homicidio de su comandante ni la proximidad de la venganza de Selim sobre sus cabezas. Al amanecer acercóse á sus puertas Hadji-Ali y entrando solo en el patio llamó á los oficiales y soldados, declaró su mision, leyó en voz alta el firman de muerte que llevaba y anunció á las tropas que Cabatchi-Oghli habia cesado de vivir, mandándoles al mismo tiempo que le reconociesen como el jefe nombrado por el divan.

La sorpresa, la frecuencia de reveses fulminantes y elevaciones súbitas en Oriente, la costumbre de ver recompensado á un asesino con el puesto de su víctima, la consternacion de unos, el odio de otros contra Cabatchi-Oghli, la voz de algunos oficiales pidiendo perdon con su presurosa obediencia, deciden á los yamaks á someterse á una fatalidad consumada y Hadji-Ali se prepara á tomar sin oposicion aquel importante mando.

Mas cuando todavia vacilaban algunos soldados, la madre, las mujeres legítimas y los hijos de Cabatchi-Oghli, que habitaban el castillo, informados de la muerte de su hijo, de su marido, de su padre, salen

con los ojos anegados en llanto y gritando desesperadamente de la casa donde estaban encerrados. Suelto el cabello, medio desnudas y levantando los brazos al cielo corren las mujeres entre los soldados, cuya compasion imploran y aquellos bárbaros se enternecen viendo en tal congoja á la familia de su comandante inmolido.

Soliman-Aga, tío de Cabatchi y segundo jefe de las baterías, toma entónces la palabra y designando á Hadji-Alí exclama : « ¡Genízaros! ¡pensad bien lo que vais á hacer! Os engañan, y ese hombre y sus compañeros no son mas que infames asesinos; el sultan que ayer mismo dispensaba á Cabatchi-Oghli todo su favor, jamás hubiera ordenado la muerte ignominiosa que acaba de sufrir. ¡Esos instrumentos de la traicion quieren perderos con el imperio! ¡Vengamos al sultan, la religion, nuestras leyes, nuestro jefe, nuestro honor amenazados! Castiguemos á esos viles asesinos y manifestemos á Baraiktar, como los fieles musulmanes reciben sus órdenes y á los ejecutores de sus crímenes. »

XIII

A estas palabras, á los gritos de las mujeres, á las lágrimas de los niños, que presentan á los yamaks los brazos de sus madres, lanzan los soldados imprecaciones de rabia y corren á las armas. Hadji-Alí, á quien sus ginetes habian ido á buscar, tuvo apenas tiempo para volver su caballo y huir hácia los suyos á Fanarki, donde se barricadó escogiendo las casas vecinas donde habia pasado la noche. Dos veces miles de yamaks, conducidos por Soliman-Aga fueron á darle el asalto y otras dos recházalos su fuego desde lo alto de las casas y detrás de las paredes aspilleras. Diezmados los yamaks por las balas de Hadji-Alí vuelven con torchas y prenden fuego al pueblecillo, secundándoles el viento del Norte, regular y violento, que se levanta al medio dia y sopla del mar Negro. Las casas consumidas iban á servir de tumbas á los ginetes de Baraiktar, mas la desesperacion los aconseja; y en vez de huir hácia las colinas sembradas de árboles que los llevarian al Balkan, hacen una salida, por la parte del Bósforo, contra los ya-

maks, y abriéndose paso á viva fuerza, precipítanse en un vasto patio de piedra, que sirve de fanal á la costa, y cerrando sus puertas se garantizan á la vez de las balas rasas y de las llamas con las espesas bóvedas y murallas de la torre.

Tres dias y tres noches yamaks y genízaros, exaltados por la desesperacion, dirigian los cañones de su batería contra aquellos ochenta valientes encerrados en un grupo de piedras casi en ruinas, en términos de llamar la atencion y turbar el reposo de la capital, donde decíase que los yamaks se batian con una partida de facinerosos que venian del Balkan para saquear los pueblos griegos de la costa é incendiar la misma Constantinopla á fin de llevarse sus riquezas.

El serrallo estaba mejor informado, pero creyendo en un movimiento combinado entre Hadji-Alí y el ejército que debia llegar á sus muros, permanecia inmóvil esperando el resultado para decidirse. Sucedianse los consejos en presencia del sultan, mas privado de su energía por la muerte de Cabatchi-Oghli, llamaba en vano á todos los hombres influyentes de su capital pidiéndoles la resolucion que le faltaba. Todos vacilaban en pronunciarse. ¿Armárianse los genízaros de la ciudad para luchar con sus hermanos del ejército de Andrinópolis? ¿Combatirian los artilleros

á sus compañeros, de los cuales la mitad venia con el gran visir? ¿Bastaban los yamaks, privados de su alma que era Cabatchi-Oghli, con el populacho y los imanes para resistir á un ejército de treinta mil hombres, mandados por el bajá de Rustschuk, y trayendo el estandarte venerado del Profeta? Resolvióse contemporizar, ó sea dejar venir al secreto del destino; así acumulan la ruina sobre sus cabezas los hombres indecisos.

En cuanto conoció Baraiktar la muerte del jefe de los yamaks, precipitó su marcha, que habia detenido hasta entónces, llevando en su mano la cabeza de aquel jefe. Cuatro dias despues del asesinato en Farnarki acampaba en el Grande Puente, pueblecillo á cuatro leguas de Constantinopla en actitud silenciosa y amenazadora.

XIV

El gran visir Ibrahim mandó desde allí al sultan al ministro de negocios extranjeros Galib-Effendi, hombre impasible y acostumbrado al disimulo de las córtes. Su mision consistia en anunciar á Mustafá IV

que su ejército y el del bajá de Rustschuk venian únicamente á libertar á su soberano, la capital é imperio de la insolente opresion de un puñado de asiáticos, que deshonraban el nombre otomano; que léjos de pensar en cometer la menor violencia con él ó con su trono, ofrecíanle su sangre para lavar las afrentas con que los yamaks habian manchado su reinado. Suplicábanle que les concediese tres cosas como prenda de reconciliacion; licenciar el cuerpo de yamaks, reemplazar al muftí, órgano de su tiranía, en fin, el perdon del movimiento que habian hecho con el ejército adelantándose á sus órdenes y el olvido de una desobediencia que no era mas que temeraria adhesion á su presunta voluntad.

XV

El sultan, que temia su caida ó su muerte, respiró al escuchar palabras tan respetuosas, presagio de un cambio de gobierno que apenas le interesaba y de un reinado que presidirian otros ministros, apresuróse á licenciar á los yamaks, castigar á sus jefes y reemplazar al muftí. Hadji-Alí salió de su

torre entre los cadáveres de los oficiales que le sitiaban, y el muftí pagó con su tesoro y un lejano destierro, su corto y criminal mando.

El sultan se consagró á adivinar cuales serian los hombres de su gobierno ó de su serrallo cuyo destierro ó confiscaciones agradaria mas á Baraiktar, y se apresuró á sacrificarlos. Al dia siguiente marchó con gran solemnidad al Gran Puente, so pretexto de recibir el estandarte sagrado y colmó de halagos á Baraiktar, en quien veia á su vencedor, y verdadero amo. El bajá de Rustschuk disfrazó por su parte, con un respeto grave y afectado, el pensamiento que acariciaba su corazon y cuya hora de revelar no habia llegado todavía. La revolucion parecia terminada. La sombra sola del ejército del gran visir y de Baraiktar habia desvanecido como el humo la faccion de los enemigos de Selim. El gran visir y el divan volvieron á desempeñar sus destinos en nombre de Mustafá IV, y Baraiktar quedó á la cabeza del ejército, ocupando con las tropas Daoud-Bajá, sitio ordinario de los campamentos, á las puertas de Constantinopla, en el camino de Andrinópolis y de la Rumelia.

XVI

Diariamente recibia Baraiktar numerosas visitas de funcionarios y embajadores, que le consideraban como árbitro de la política y de la fortuna, y con la mayor modestia repetía á todos que su obra estaba consumada y que habiéndole concedido Alá librar al sultan del yugo de los yamaks y al pueblo de sus vejámenes, solo restábale volver á su posición del Danubio con su ejército en cuanto descansase este de sus fatigas.

Estas frases tranquilizaban á los amigos del sultan y no desanimaban á los amigos de Selim. Dictábalas á Baraiktar no la perfidia, sino su adhesión y temores por los dias de su amo Selim, á quien la menor sospecha del sultan podia inmolar en el fondo del serallo.

Mientras corrían aquellos dias de descanso para el ejército y de aparente recreo para Baraiktar, sus afiliados y emisarios anudaban uno á uno en la ciudad y hasta en el divan, los hilos de la revolución que meditaba.

Los partidarios y amigos de Selim, el mismo capitán-bajá, nombrado en tiempos de este príncipe, y traidor con Mustafá IV por gratitud, se sondeaban, entendían, concertaban, aseguraban el apoyo del bajá de Rustschuk, agitaban la opinión, sembraban los movimientos, preparaban los corazones y los ánimos á un suceso desconocido, pero favorable á todos. Baraiktar dirigía, por conducto de los eunucos y mujeres, á su soberano cautivo, palabras y esperanzas que penetraban en su destierro, recomendándole que no manifestase confianza ni alegría y que no tomase ningún brevaje mas que de manos de los amigos secretos. Aunque de todo estaban enterados Selim y Mahmoud, aparentaban ignorar todo delante de los esclavos del sultan y vivían en medio de una ansiedad febril, escuchando el menor ruido de la ciudad ó del mar, entre la esperanza que se acercaba y la muerte suspendida sobre sus cabezas.

XVII

Así pasaron cinco dias sin que nada revelase al exterior el trabajo que se operaba al interior. Tomadas

por Baraiktar todas las medidas, no esperaba ya mas que una ocasion, la cual se presentó el sexto dia.

Los sultanes acostumbran á salir el verano, una ó dos veces por semana y con gran comitiva, bien sea á caballo, escoltados por los principales oficiales del serrallo, bien por mar, en magníficos barcos dorados y á diez y seis remos, á pasar el dia en uno de los kioskos rodeados de jardines y regados por bellas fuentes que tienen á orillas del Bósforo, en Europa y Asia. Para probar mejor á su pueblo la completa libertad de su ánimo, Mustafá IV salió temprano de palacio el 28 de julio y embarcóse en uno de sus barcos de ceremonia, atravesando el puente en medio del ruido del cañon que saludaba su paso, y dirigióse con algunas sultanas y favoritos al kiosko apartado de *Cheuk-Song*, en la orilla asiática del canal. Dista unas dos horas de navegacion del serrallo y proponíase volver por la noche.

XVIII

Informado Baraiktar á cada instante por sus espías de los movimientos del sultan, aprovechó aquellas

horas y citó á sus conjurados en Daoud-Bajá uno á uno y por distintas puertas, suplicando al gran visir, de quien desconfiaba, que fuese al campamento, so pretexto de conjurar una inminente sedicion de las tropas. Acudió presuroso el gran visir y Baraiktar, que no le habia descubierto hasta entónces mas que la mitad de su alma, se la enseñó toda entera.

Ibrahim no habia previsto que sus primeros pasos con Baraiktar le arrastrasen á aquella solucion, y así palideció, vaciló, tembló, absorto de hallarse frente por frente de tan terrible resolucion. Prefiriendo Baraiktar inutilizar un instrumento dudoso que verle flaquear despues, indignóse contra la timidez del visir, repróchale su debilidad, su ingratitud respecto á su antiguo amo Selim, arráncale con propias manos y violencia el sello del imperio, señal de su autoridad, y envíale como prisionero á una tienda inmediata á la suya, confiándole á algunos soldados decididos que debian responder de él, muerto ó vivo. Sin perder un momento, mandó tomar las armas al ejército, so pretexto de hacer los honores militares al estandarte del Profeta, y marchó á la cabeza de las tropas de su campamento de Daoud-Bajá hasta la puerta principal del serrallo.

La poblacion de la ciudad y alrededores considerando la marcha del ejército como una entrada paci-

fica y triunfal para rendir los honores debidos á la reliquia de la nacion, cubrió á Baraiktar y á sus tropas de aplausos y flores. Los genizaros, que guardaban las puertas del palacio, se abrieron respetuosamente para dejar pasar el estandarte del Profeta y aprovechándose Baraiktar de su sorpresa, hizo entrar en el primer patio del serrallo una fuerte columna de sus tropas. Era la primera vez que un ejército violaba aquel recinto. Creía el bajá que apoderándose así del palacio, evitaria toda resistencia y toda efusion de sangre, mas tenia que atravesar además dos patios para llegar al palacio.

El general de los bostandjis, cuerpo de unos dos mil hombres, que guarda las habitaciones interiores de palacio, admirado de una audacia cuyas consecuencias comenzaba á temer, cerró precipitadamente las puertas de hierro del segundo patio, donde está el palacio de los icoglans y las habitaciones de los principales oficiales y de las guardias del palacio. Detúvose la columna un instante delante de aquel obstáculo inesperado; mas dejando el bajá de Rustschuk toda reserva y moderacion, mandó á sus zapadores que derribasen las puertas. A los primeros golpes el jefe de los eunucos blancos, que manda aquella parte del serrallo, sacó su cabeza pálida de terror por encima de las almenas de la puerta y pre-

guntó con acento débil y trémulo con qué orden se forzaba el asilo confiado al respeto de todos los musulmanes.

« Abrid la puerta, esclavo, » respondió Baraiktar con atronadora voz, « sino á mí y á mi ejército, al « ménos al estandarte del Profeta. »

El eunuco bajó para obedecer, mas el comandante de los bostandjis, arrancando las llaves de las débiles manos del esclavo intimidado, respondió al través de la puerta á Baraiktar que no abriría sino por orden del sultan.

« ¡ Del sultan ! » respondió con enojada voz el impaciente Baraiktar; « ¿ y de qué sultan te atreves á « hablar? No se trata ya del sultan Mustafá, vil es- « clavo; de hoy en adelante debes pedir las órdenes « al sultan Selim, tu verdadero amo, nuestro empe- « rador y el tuyo. Venimos á arrancarle á sus ene- « migos, á poner nuestras armas á sus piés y colocarle « de nuevo en el trono de sus mayores. »

Y mandó entrar la artillería para echar abajo las puertas.

El ruido de este altercado, la voz atronadora del bajá de Rustschuk, los gritos de los soldados afiliados que le rodeaban y que pedían con furor el sultan Selim, la entrada de la artillería en el primer patio, habian intimidado de tal manera á la numerosa po-

blacion del serrallo, que, no obstante la consigna y esfuerzos del comandante de los bostandjis, las puertas iban á abrirse cuando se presentó el sultan Mustafá.

En cuanto el ejército de Baraiktar comenzó su movimiento hácia la ciudad, corrió un mensajero del serrallo y á fuerza de remos llegó muy pronto al kiosko de campo, donde el sultan saboreaba la frescura y el murmullo del Bósforo. Admirado que el bajá de Rustschuk y el gran visir hubiesen ordenado, sin prevenirle, una ceremonia tan augusta como la vuelta del estandarte del Profeta á su propio palacio, presintió que trataban de aprovechar su ausencia para llevar á cabo alguna atrevida conspiracion. Su terror le sacó de su inercia y tomando el primer barco que pasó por los jardines del kiosko, dirigióse de incógnito y disfrazado á la playa que separa las murallas del serrallo del puerto de Constantinopla. No suponiendo Baraiktar en aquel soberano afeminado tanta presteza y arrojo, no hizo vigilar la parte del mar. Mustafá deja su disfráz al atravesar la puerta de los jardines de su palacio, subió precipitadamente las terradas y escaleras de los kioskos de las sultanas, y presentóse inopinadamente en medio de sus servidores en los momentos en que su cobardia estaba á punto de ceder á las intimaciones de Ba-

raiktar. Su presencia, su gesto y su palabra despertaron la energía de los defensores del serrallo.

Manda al kisklar-aga ó jefe de los eunucos negros que subiese al terrado que dominaba la Puerta y que contemporizase algunos instantes con astutas palabras con el bajá de Rustschuk, anunciándole que el sultan Selim, libre de su encierro y revestido del traje imperial, se presentaria inmediatamente para recibir el homenaje de su ejército. El imprevisor Baraiktar creyó en las palabras del kisklar-aga, mandó á sus artilleros bajar sus mechas y á sus soldados aguardar respetuosamente la llegada de su verdadero soberano.

XIX

Entretanto el ingrato Mustafá IV, olvidando la vida que debia á Selim, ordenaba en voz baja al kisklar-aga y á varios verdugos negros que le acompañaban, que bajasen á la prision de sus sobrinos y se trajesen el cadáver de Selim.

El jefe de los eunucos, con la bestial y ciega obediencia que caracteriza á su raza, marchó sin vacilar